



STANISŁAW LEM,
Solaris, traducción de
Joanna Orzechowska,
Impedimenta, Madrid,
2011, 296 pp. ISBN
978-84-15130-09-3.
(*Solaris*, 1961).

SOLARIS, la novela, es bien conocida por todos. Solaris, el planeta, ni siquiera lo es por Kris Kelvin, un especialista en psicología e investigador *solarista*. Desde que Gibarian se fijara en uno de sus artículos, la solarística ha formado parte de su vida profesional. Así lo demuestran sus conocimientos de las incontables obras que se encuentran en la biblioteca de la Estación establecida en la inestable órbita de Solaris. En la Estación antaño residían numerosos investigadores de todas las áreas; en ella comienza y transcurre toda la novela, y en ella suceden extraños hechos que harán que el protagonista de la obra se funda con su anhelo más íntimo, deseado y desconocido.

Solaris representa a un *Ser* que quiere ser conocido; no ansía espejos, sino el Contacto. Snaut es uno de los residentes de la Estación, del cual Soderbergh (el director del último film basado en *Solaris*) ha perfilado una interpretación que explicaría algo que no hace explícito Lem; a saber, las razones del extraño comportamiento que mantiene hasta el final de la obra. Tanto este personaje como Kelvin adoptan la misma pretensión que Solaris. No obstante, una vez hayan experimentado aquello que sólo en ese lugar es posible, no podrán dar marcha atrás y habrán percibido que ese contacto no era más que una excusa

para encontrar el mejor de todos los espejos, a saber, que *El Hombre* -y sólo él- ha descubierto vida inteligente.

Si aceptásemos el criterio de Soderbergh, la relación de todo sujeto consigo mismo y con el prójimo sería el centro de la novela de Lem (el afán de eternidad). La interpretación de Tarkovski -el director de la primera versión cinematográfica de *Solaris*- es algo más pesimista; encierra al hombre, lo ve exclusivamente vinculado a su propia *patria*, algo que Lem no pretendía transmitir. La descripción científico-ficticia de los fenómenos *físicos* de Solaris (pp. 166-183) puede considerarse un cuestionamiento no solo de la posibilidad antropológica -en tanto que antropomórfica- de conocer algo que la ciencia da por sentado (los *hechos*), sino también del propio quehacer de Lem en la elaboración de la novela. Ésta es meta-filosófica y meta-literaria en tanto en cuanto no deja que el argumento sea el centro de atención; son los destellos a penas pre-visibilityes que nos ofrece los que le proporcionan fundamento.

La pregunta sobre la existencia de un dios imperfecto da lugar al comienzo de la culminación de la novela (algo a lo que no han prestado suficiente atención los directores de ambas versiones); la conclusión cubre apenas diez páginas. Un problema central que presenta consiste en averiguar por qué alguien querría quedarse atrapado en la lejanía más absoluta, por qué preferiría perecer por algo que nunca ha existido. Tanto la naturaleza de nuestro inconsciente (los *quistes psíquicos*, aquello a partir de lo cual Solaris extrae las fórmulas con las que *se acerca* al hombre mediante *visitantes*, que son resultado de un cúmulo de datos que únicamente tienen conexión en la mente del hombre y que el *proceso mimético* realizado por Solaris no puede más que transcribir), como el



dominio que ejerce (en tanto que constitución y construcción de la realidad sobre la que nos cuestionamos sus límites), tienen que ver con la imposibilidad de que exista una forma de inteligencia que pueda acceder a nosotros (con ello Lem plantea la posibilidad de que otros seres inteligentes estén tratando de entablar contacto con nosotros y podamos no haberlo percibido, o, más bien, *no podamos* -irremediamente- percibirlo). Los hechos que Kelvin y sus *compañeros* creen experimentar, y de los que no pueden negar que sean reales, forman parte de la solarística; es decir, esos fenómenos que creen ver y de los cuales conocen -sin entender- el sentido que expresan, no son sólo *interiores*, sino que se incluyen dentro de lo que sucede en Solaris tras la primera expedición al planeta.

Esta expedición realizada a Solaris los días inmediatamente posteriores al aterrizaje de la nave Shannahan concluye con la *primera víctima del océano* (p. 74). Kelvin realiza un razonamiento para tratar de averiguar si se encuentra bajo los efectos de una alucinación; pero no logra dar con el remedio que le haría saber si la realidad en la que ahora se halla está causada por una especie de *veneno* parecido al que *detectaron* los médicos de Carucci (un radiólogo que se perdió en dicha expedición y fue encontrado semiinconsciente). Tras haberlo pensado durante largo tiempo, Kelvin da con la solución que le permite saber, pues, si es presa de la locura (p. 88); ha descubierto una prueba en la que no necesita el uso de su mente, incluso si ésta es la que produce el razonamiento por el cual llega a tal conclusión.

Tras expulsar de la Estación a la supuesta Harey (su ex-mujer, fallecida desde hacía diez años), Kelvin está en condiciones de tratar a Snaut *de igual a igual* (p.106). Gracias a las *situaciones límite* sobre las que las fórmulas extraídas por Solaris *no dicen nada*, Kelvin descubre que Harey es algo más parecido a un autómatas que a un humano. Los visitantes realizan cualquier tipo de acción que les libre del impedimento de actuar según la finalidad *para* la que han sido creados. Lem comienza aquí a desvelar explícitamente lo que había retratado al lector de un modo limitado y borroso: Snaut -la locura y el egoísmo- es *enemigo* de Kelvin, enemigo del hombre que ha evidenciado la realidad de las relaciones humanas.

A la vez que descubre que no es la locura, sino algo que tiene su razón de existir fuera de la conciencia, lo que ha *traído de vuelta a Harey*, Kelvin despeja todos los miedos sobre la in-certeza de los sueños; por fin se reconoce fuera de ellos. La *supuesta Harey* sabía demasiado como para ser la verdadera Harey. Kelvin estaba ahora un poco más cerca de saber con exactitud lo que causó la muerte de Gibarian, los secretos de Sartorius y Snaut, y los motivos por los cuales el hombre solarizado es el hombre destapado, el hombre tal cual es en la intimidad de su subconsciente; Solaris (y *Solaris*) desvela la pura y más real psicología sentimental humana (p. 107).

Harey es tan solo ella misma (p. 142) porque no hay motivos, no hay razones que escrutar en sus acciones; vienen dadas en realidad por una incompreensión. Aunque tiene memoria, es la que pertenece a Kelvin. Ella es tal cual es *ella en él*. Por consiguiente, su mente alberga recuerdos que fueron vividos conscientemente por Kelvin, pero que ahora están bajo el dominio del subconsciente, con todo lo que ello implica en la vivencia de la realidad que representan. Lem trata de descubrir la relación que entablamos con nuestros más duraderos recuerdos, aquellos que son la representación de una vida pasada que no logramos dejar atrás. Kelvin examina al microscopio la composición molecular del cuerpo de Harey: resultaba estar *compuesto de nada* (p. 150) -nada material-, y además se regeneraba. La resurrección no tiene, por tanto, una causa material, sino que proviene de algo cuya esencia no entra dentro de los esquemas que dejan fuera la espiritualidad. Los visitantes no son más que una “proyección materializada de lo que contiene [espiritual, ideal, mentalmente] nuestro cerebro” (p. 155).

Puesto que es el propio planeta *quien* ha enviado a Harey -en forma de señal- a Kelvin, sea lo que sea Solaris, *participa* de las formas de técnica y producción humana (p. 49; p. 114). Por otro lado, cuando los residentes de la Estación acuerdan proyectar sobre el océano una información psíquica procedente del *estado consciente*, Solaris *entiende* que hemos captado sus signos (y nada más) y sus intentos de establecer Contacto; de ahí que los *visitantes* no vuelvan a aparecer. El experimento ideado por Sartorius, por consiguiente, funciona (¿Por eso Sartorius no es un verdadero solarista?). Los cambios sufridos en la superficie de Solaris -junto al cambio en los sueños de Kelvin (pp. 257-258)- revelan que el entendimiento recíproco es posible (Solaris sabe lo que está pasando con Harey. En consecuencia, *sabe* que ella ha entablado una relación real con Kelvin). El *éxito*, por ende, es la desaparición de Harey (p. 272). Harey podía haber sido un regalo (gracia) de un dios inteligente (p. 275). El dios de Kelvin es “un ser singular, privado de toda pluralidad” (p. 284).

Pero hay algo de pesimismo en todo ello, al menos por parte del protagonista; un pesimismo que nos revela que existe en el hombre la sujeción a lo que lo domina inconscientemente, sujeción que lleva a Kelvin a desear no querer volver a la *isla del mimoide* (p. 287). Su deseo de saber qué es el océano es en realidad esperanza de estar cerca de *lo que ya conoce* (p. 289; en síntesis, ese es el discutible final del film de Tarkovski). Otra interpretación vendría a decir que la *isla mimoide* representa otra posible vida inteligente.

¿Pertenece a nuestro propio subconsciente el anhelo de encontrar otra forma de existencia? En la interrelación que mantienen el Océano y Kelvin se descubre un intento (exitoso o no) de mutuo entendimiento inconsciente, un mutuo deseo de *encuentro* que pueda tener sus raíces, a su vez, en el deseo que surge en los sueños, sueños que el Monstruo (Solaris) ha utilizado para llamar algún tipo de atención sobre el hombre. La solarística no ha obtenido ningún fruto porque ha tratado de comprender Solaris *a la luz* del hombre, a la luz de su propia comprensión. La creencia y razonamiento del doctor Messenger es asumida al completo por Snaut, de ahí que nunca hable claro, nunca diga las últimas palabras, hasta que Kelvin no comprenda por sí sólo ese “inútil, pero no ridículo” (p. 291) intento de comprensión.

Lem hace una proclamación de los ideales del hombre, una apelación a lo suprasensible por lo incognoscible (p. 44) que dictamina aquello que nos *con-mueve*. Si ello concurre realmente así o no, es uno de los más importantes interrogantes que Lem pretende dejar sin una respuesta definitiva. Que el hombre vaya a seguir *sintiendo la necesidad de buscar* no debe explicarse a partir de razones únicamente culturales, porque esos valores -ideas que nos vienen dadas y que configuran nuestra búsqueda- pueden haber sido insertados ya, previamente, en cualquier orientación que dirija nuestro comportamiento.

Lem nos hace imaginar qué pasaría si nuestros peores pensamientos hacia otras personas pudieran perpetuarse en nosotros, de manera que eternamente (toda la eternidad que pueda insertarse en el tiempo) estuvieran delante y no pudiéramos deshacernos de ellos (p. 100). ¿Qué tiene que ver con todo esto la Estación Solaris? El hombre no quiere conquistar el cosmos; sólo pretende *ensanchar las fronteras de la tierra*. No hay razón por la que negar que el futuro contenga para sí algo nuevo del hombre; el etnocentrismo, como ya había visto Lévi-Strauss, es un rasgo irrenunciable en una cultura que ha adquirido cierta estabilidad.

Solaris no es la *sociedad* de la mudez; el propio planeta lo impide. Sea un *planeta*, un ser inteligente, un organismo de dimensiones desconocidas para el hombre, un tumor de ese organismo o un mar-cerebro que envuelve al planeta (p. 47; ningún solarista podrá jamás descubrir lo que *verdaderamente* es), *él*, aunque guarda silencio ante las cuestiones del hombre, permite destapar -gracias





a ese silencio- lo siempre repudiado (p. 117). Lo que buscamos en otros mundos es aquello que no alcanzamos en este, pero ese no-alcance o límite es impuesto por el carácter del acceso que posibilita la supervivencia social (la subsistencia de una sociedad, que es cambiante y perecedera). Comienza a dejarse entrever de este modo la inteligencia *multiforme* del océano (esta descripción de su inteligencia, no obstante, no se corresponde con su propia *inteligencia*).

El informe realizado sobre el caso del piloto Berton (quien sobrevivió milagrosamente en la primera expedición), fue insertado en su historial médico; este dato vuelve a aparecer (p. 124), y Lem redacta un discurso en el que este piloto relata cómo fue todo lo que vio cuando estuvo perdido entre la atmosfera venenosa. La descripción que expone es totalmente inverosímil, algo que llevó a calificar el caso como trastorno. Sin embargo, quizá sea ese el único acceso que tenemos a lo Otro en que consiste la incomprensión de nuestra propia descripción. La perplejidad de Berton marca los límites de tal incomprensión.

Berton quiso contactar con el doctor Messenger, quien afirmó que “lo que vio Berton constituyó una parte de la *operación ser humano* realizada por el monstruo pegajoso” (p. 135). Eso que vio no era más que un intento de Solaris por *hacerse escuchar*, lo cual significa que Solaris *ve* al hombre del modo en que muestran las formas que realiza en el océano; la *lectura* con la que compone tales formas, no obstante, no revela *lo que el hombre es*. No obstante, el resultado de su construcción viene determinado por esa lectura, lo que nos daría una vía para entender cómo entiende nuestro *subconsciente*. Pero, aun así, *faltan cosas*, tanto en los visitantes como en sus *imitaciones* meteorológicas. Al contemplar esos fenómenos, *nosotros* hacemos exactamente lo mismo que Solaris cuando intenta contactar. Los vemos como fenómenos físicos porque no podemos dejar de verlos de otro modo; son descritos -irremediablemente- con palabras humanas, con ojos humanos, cuando en realidad albergan *causas* que no son causas, *formas* que no son formas (p. 255). Lo que él envía no es para él mismo un fenómeno físico; si así fuera, *el Contacto habría sido posible*.

Las estrellas son las *estrellas-terrestres*, se contemplan desde Solaris o desde cualquier punto del universo (p. 228). Preguntar por otros mundos es preguntar por lo que pensamos acerca de otros mundos (p. 230). El Folleto de Brattestrom fue publicado con el fin de comprender lo *extrahumano*; para ello, no tuvo más remedio que estar “en contra del ser humano” (p. 244). Pero *para* Solaris el hombre es un cristal transparente. Según Snaut, habría alguna posibilidad de que la inteligencia del hombre dejara de expresarse antropomórficamente, aunque el modo propio del hombre siempre la antropomorfizaría.

La descripción de los *luengones* (órganos de Solaris) que hace Lem, y las consecuencias que éstos tienen para la historia del planeta, ponen en cuestión la ciencia-ficción (pp. 167-168). La posibilidad de que lo allí deseado sea real carga con el peso del propio género literario. Harey ha sido creada sólo a partir de datos que han querido hacer de ellos mismos una voz indescifrable. Por eso, la ciencia ficción no es algo real; toda la *alabanza* de Lem a este género (pp. 237-251) se enuncia en tono de ironía, ya que es un modo de expresión de una realidad que no puede conocer aquello que pretende (y lo es por las mismas razones que Lem argumenta y que conforman el *contenido* de la novela. De ahí que la conexión entre lo que ocurre en *Solaris* y en Solaris sea intrínseca).

Las descripciones que Kelvin lee en las obras de Giese son una crítica de Lem al objetivismo científico. El escritor polaco esboza la imposibilidad del acceso a una realidad que no haya sido *tocada* previamente por el hombre. Las ideas filosóficas -como diría Waismann- no surgen mediante metodologías científicas, ya que ocupan una dimensión inaccesible por esa vía. En el caso de Lem,

quiere mostrar que en el quehacer filosófico hay cosas que se nos escapan. El optimismo cristiano no deja para sí un hueco por el que la duda ante la realidad distante con la que lidiamos pueda tener algo de *impersonal* (in-humano). Lem realiza, con ello, una crítica al escolasticismo tomista.

Kelvin pretende *conservar* -en su vuelta a la Tierra- el *recuerdo vivo* de Harey (p. 185). Para ello, debe “destruir los propios pensamientos, o, en todo caso, su realización material” (p. 198). Pero la contestación de Sartorius deja ver que el comportamiento de Kelvin está *fuera de lugar*. Lem plantea que no es posible amar más que a los hombres, porque son los hombres los que aman; es decir, intentar comportarse como “un humano ante una situación inhumana” (p. 221) significa no haber percibido que el hombre únicamente con sus semejantes actúa siempre dentro “de toda moral” (p. 223). La posibilidad de hacer que algo no humano se conserve gracias a que en ello pueda focalizarse la *humanidad*, denota una violación de las *leyes* de la moral.

Kelvin sabe que los visitantes están contruidos a base de materia de neutrinos, cuyas condiciones de estabilidad son impredecibles. Una vez abandonada la fuente de energía de esa materia compuesta a partir de la deformación del campo gravitatorio estabilizador, no es posible calcular qué ocurrirá con ella (p. 223) ¿Dónde existen, pues, los recuerdos, la *materia subconsciente* que nos dirige? *Solaris* (y también *Solaris*) *aspira* a que gracias al visitante “itengas las manos atadas!” (la “invención de los problemas” proviene de los deseos inconscientes -p. 162-).

Lem plasma así (pp. 277-278) la relación que entablamos con nosotros mismos por mediación de nuestros deseos inconscientes. No es que esporádicamente éstos nos conformen; en realidad si no lo hicieran, no tendríamos constancia de ellos, lo cual lleva a pensar que siempre lo hacen (p. 264). Lem, sin citarlo explícitamente, hace alusión a un célebre pasaje de las *Confesiones* de san Agustín, pasaje que Petrarca señala en la Carta que escribió a propósito de su ascensión al Monte Ventoso: *los hombres van a conocer el cielo y las estrellas, y se olvidan de sí mismos y de mirar en su interior*. En el contexto *secularizado* de *Solaris*, no se hace referencia a la búsqueda interior de Dios, sino al conocimiento de lo que nos constituye inconscientemente (conocimiento que constituiría, además, esa búsqueda).

La *antigua* religión es la nueva solarística (p. 247); ambas son mitos. Ésta es una manifestación de la añoranza mística; es una proyección de la redención cristiana, desde la epifanía hasta el sacrificio. La *mística* solarística buscaba -a ojos de Muntius- “establecer el Contacto”. El título de un artículo de Gibarian iba en contra de la *reduccionista* comprensión de Muntius: “por qué soy solarista” (p. 250), título que tiene resonancias anti-russelianas.

Las reflexiones de Lem sobre la deificación del mundo comienzan en los dos últimos capítulos. Kelvin desea saber que el hombre no ha sido arrojado al mundo. Todo solarista pretende descubrir el Contacto (cuyo equivalente en la *antigua religión* es la Gracia). Para Gibarian y Kelvin, el solarista no es un místico creador de una mitología que no responde a lo que es el hombre. Busca a Dios, busca a Solaris. Hay un enlace entre la especulación filosófico-teológica medieval (“Creador”, p. 136) y la ciencia ficción que estuvo en auge a principios de la segunda mitad del siglo XX (“Solaris”). El *tratado* de Lem comparte -al menos- algo con la teología medieval, en tanto que rechaza la aspiración científica de conocerlo todo (p. 213).

En definitiva, Lem se pregunta por la posibilidad de conocer el universo a través del cuestionamiento del origen de la vida. Una de sus virtualidades consiste en saber insertar en la coherencia del relato diversas ideas expresadas sintéticamente que dan a la historia narrada gran verosimilitud. Sólo de este modo los acontecimientos vividos en la Estación tienen una unidad (p. 101).





Los dos films basados en la novela que hemos señalado nos permiten saber desde el principio los motivos por los que Kelvin ha aterrizado en un planeta al cual parece conocer a la perfección, pero en el que reside una Estación que es totalmente extraña a su comprensión. La relación entre el Planeta y la Estación equivale a la relación que mantiene el hombre y el universo. Aquél no se conoce a sí mismo y cree poder conocer la inmensidad del cosmos. Queremos encontrar algo equivalente a lo que nosotros somos, sin haber previsto siquiera qué puede ser la vida extraterrestre.

Podría existir un dios imperfecto, un dios creador que -a diferencia del dios gnóstico- ostente la forma según la cual *creemos* conocerlo. La *nueva Escolástica* es falsa por haber aislado la verdadera relación, en la búsqueda de vida inteligente, entre el hombre y un dios posible. La *voluntad de verdad* no es falsa, aunque sí lo sea aquello contra lo que lucha, y, por tanto, aquélla no se enfrenta más que a sombras y fantasmas.

El hombre, aunque atrapado en el mundo, no ha sido arrojado a él; la versión pesimista de la creación y de la relación que permite con la divinidad hace saber a Kelvin que no hay humanidad posible en una inteligencia distinta. Al haber permanecido allí donde el intento de no quedar cerrado en la finitud del tiempo se había llevado, paradójicamente, el sueño (en el caso de Kelvin: Harey) y la vida (él mismo), el océano había borrado las esperanzas de todo aquel que anheló llegar a un encuentro total que cubriera sus ansias de descubrir vida inteligente e inmortalidad. El Kelvin de *Solaris* es el Kelvin-Harey. Él había creído en la posibilidad de la resurrección y, aunque el origen de todo ello fuera su imaginación, “la época de los milagros crueles estaba lejos de haber terminado” (p. 292). El final de *Solaris* queda abierto, y también el del propio *Solaris*. Algo que atestigua no sólo la diferente percepción cinematográfica de la historia que mantienen Tarkosvki y Soderbergh, sino también las variadas interpretaciones de los propios historiadores de la ciencia-ficción e incluso la visión posterior de la novela que Lem ofreció.

Víctor Páramo Valero